

dió las gracias al célebre escultor Thorwaldsen por su generosidad en no haber querido recibir nada por la obra, y concluyó su oracion con colocar el monumento bajo la proteccion de los habitantes de Maguncia. Entonces se abrió la cortina que ocultaba la estatua, y quedó de manifiesto la imagen del grande hombre. El entusiasmo de la muchedumbre no puede describirse; los hurra y vivas resonaban por todas partes; los hombres saludaban con sus sombreros y las mujeres con sus pañuelos; todos los ojos, todas las manos y todas las voces saludaban á Guttemberg.

Con caracteres fundidos al pié de la es-

tatua se imprimió una composicion poetica análoga á las circunstancias, de que se distribuyeron ejemplares á todos los circunstantes. La ceremonia se concluyó con la magnifica sinfonia triunfal de Weber, y cuando se llegó al sitio en que el compositor ha colocado la cancion nacional de los ingleses *God save the King*, el coro cantó varias estrofas relativas á la solemnidad del dia, que todo el pueblo repitió. Tal es la descripcion de una fiesta que quedará perpetuamente grabada en la memoria de los habitantes de Maguncia.

A. A.

MUERTE

DE DON ALVARO DE LUNA.

En la esposicion de pinturas de este año en la academia Nacional de S. Fernando se ha presentado por el acreditado profesor Van-Halen un cuadro que en su parte principal presentamos grabado en obsequio de nuestros numerosos suscriptores de provincia, que no han podido como los de Madrid ver el original. Este cuadro es una terrible leccion para los ambiciosos, un funesto espejo del paradero de los favoritos, que siempre medran á espensas de los pueblos.

Juan II ocupó el trono desde muy niño. La regencia del reino fué conferida á su madre doña Catalina en union con el infante D. Fernando: ambos gobernaron la monarquia con mucha union y sabiduria, y sostuvieron la gloria de la corona, batiendo por todas partes á los moros. Despues de la muerte de D. Fernando eligió la reina un consejo de regencia que ocasionó muchas y grandes turbaciones. El rey á su mayor edad tomó las riendas del gobierno,

y entregó toda su confianza á D. Alvaro de Luna, hombre de luces y talento, pero que embriagado con el favor se llenó de orgullo.

D. Alvaro se habia criado con el rey, era el que mas distinguia entre sus pages, cuyo cargo obtuvo siendo presentado en palacio á la reina madre por su tío D. Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, de un hermano del cual era hijo natural.

D. Alvaro llegó á las más elevadas dignidades, fue nombrado gran condestable de Castilla y su poder escedia al del mismo monarca. La victoria le coronó en diversas acciones contra los moros y contra los perturbadores interiores del estado. La envidia escitó á los nobles á quienes eclipsaba á armarse contra él: sus primeros esfuerzos fueron infructuosos, y su derrota parecia deber dar mas estabilidad á su favor y consolidar el trono de D. Juan II. La reina, el príncipe de Asturias D. Enrique se colocaron de parte de sus enemi-